

Sub rosa 2

ladybird12 (Teresa Fernández-Barbón Fernández)



Image not found.

Capítulo 1

El ruido de la feria se propagaba por el aire. Dormir era una meta imposible. La orquesta tocaba a todo volumen y las barracas, cargadas de luz, trabajaban a todo rendimiento.

Desvelado, con hambre, salté de la cama y fui a la cocina. La casa estaba en silencio. Sin hacer ruido, abrí la nevera. Revolví con ahínco hasta que di con un cartón de color verde. Sonreí satisfecho. Alguien se había acordado de traer mi marca de leche favorita. Cogí un vaso del fregadero y lo aclaré. Después me hice con un abrelatas para prepararme un bocadillo de bonito. Cuando lo tuve listo me senté en la mesa.

Mientras comía trataba de adivinar la razón de mi inquietud. El nerviosismo de los exámenes no era el motivo. Aquella tarde había salido a despejar. Mi primera intención había sido ir hasta el bar de Moncho a tomarme una caña. Entonces, al pasar por el quiosco de Miguel, recordé que llevaba tiempo sin comprar Superpop mi revista preferida. Revisé el estado de mi economía. Lo encontré satisfactorio; sin pensarlo dos veces la compré.

No pude esperar ni un minuto más. Por el camino me puse a hojear sus páginas a la caza y captura de mi grupo favorito, y por que no decirlo de Rosalía Campos, su solista. Mi fantasía íntima más secreta. De pronto algo llamó mi atención. En la página de mensajes apareció un título que me resultó inquietante: Nacho, tu novia te pone los apéndices craneales”.

Siempre se dice que hay más burros con el mismo nombre pero el estómago se me encogió dentro del cuerpo. Lola había estado muy poco entusiasta los

últimos días. Pensé que era culpa de los finales. Pero aquella maldita frase empezó a zumbar en mi cerebro como si fuera un enjambre de insectos enloquecidos. Como impelido por un resorte, di media vuelta y volví a casa. Allí, pasé las horas muertas en mi cuarto sin poder concentrarme. Esa misma noche me fue imposible pegar ojo. Con los sentidos en completa alerta, cogí las zapatillas, el móvil y salí a la calle. De pronto, tuve un pálpito. De forma maquinal volví a marcar el número de mi novia. Era una locura, estaba claro, pero mis dedos se movían solos, como si tuviesen vida propia

?¿Sí? Me contestó una voz voz masculina y somnolienta.

Por un momento pensé que me había equivocado de número. Volví a mirar la pantalla para comprobarlo. Pero no, aquél era el correcto. La voz seguía insistiendo. Preso de un ataque de risa, corté la comunicación. Me puse a caminar sin rumbo. Vagué hasta que el alba.

Llegué a mi casa a eso de las nueve. Mi padre acababa de levantarse. Pulcro y bien afeitado, se dirigía a la cocina, dispuesto a tomarse su primer café antes de irse al trabajo. Nos encontramos, como quien dice, de narices en el pasillo. Ignacio Ruiponce senior, enarcó las cejas y dijo.

? ¿En plenos exámenes y de fiesta, baranda? Bueno, tú veras lo que haces, esa chica con la que sales no te conviene.

?No lo sabes bien, le respondí antes de encerrarme en mi cuarto.

Capítulo 2

En México Distrito Federal, corre todavía por las calles la historia de un sastre llamado Pedro Linares. Un buen día enfermó. Las fiebres, lo mantuvieron en un estado de inconsciencia tanto tiempo, que sus familiares pensaron que no viviría. Pero contra todo pronóstico, Pedro Linares se curó. Todo el mundo se asombró del milagro. El mismo interesado sonreía agradecido.

Cuando estaba con su familia, contaba que durante aquel interminable delirio, había estado vagando por una zona intermedia, entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Es de suponer que habría reacciones de todo tipo. Habría quien pudo pensar, que la enfermedad le habría ablandado el cerebro. Pero él insistía en la autenticidad de su experiencia.

?Era un bosque completamente blanco, decía a quienes querían escucharlo. Al principio me sentí desorientado. Una voz me indicó donde me encontraba. Y esa misma voz le marcó el camino a seguir.

?No fue fácil moverse por allí. Me perdía a cada poco hasta que me encontré con unas bestezuelas, llamadas alifafes. Ellas me condujeron hasta el final del bosque.

Allí, me encontré con dos puertas. Una llevaba al mundo de los vivos. La otra al infierno. Al no poder abrir la primera, Pedro Linares, se vio obligado a entrar en el averno.

? Por suerte los alifafes no me abandonaron. Ellos me facilitaron el recorrido. Os prometo que me libraron de caer en muchas trampas.

Cuando su familia, en especial, le preguntaba que forma tenían, los describía como unos seres

variopintos. La mayoría tenían cuerpo de dragón o de serpiente, con cabeza humana o de pájaro. En su compañía recorrió los vericuetos infernales hasta que se encontró con el mismísimo Satanás. El demonio le dijo.

?Si quieres volver al mundo de los vivos, tendrás que contestar a tres preguntas que yo te haré. Si las aciertas, podrás volver con tu familia. De lo contrario, si fallas, te tendrás que quedar aquí para toda la eternidad

Pedro Linares aceptó el acuerdo; no tenía elección. Se encomendó a la Virgen y a todos los Santos del cielo y le dijo a Lucifer

? Como Usted quiera, señor Diablo. Satán sonrió de forma perversa y planteó la primera pregunta.

?Me han dicho que eres bueno en tu oficio. Imagínate que algún mandamás quisiese hacerle un regalo al gobernador y te encargase que le hicieses un traje ¿Qué harías tú para tomarle las medidas?Pedro Linares se quedó pensativo; no tardó en responder.

?Bueno, se le escribe una carta diciéndole que la ciudad pretende hacerle un traje al Cristo con unas medidas parecidas a las tuyas y se le pide una audiencia para tomárselas.

El diablo quedó contrariado. Pero como aún le quedaban dos posibilidades, retomó la palabra enseguida.

—Reconozco que me has vencido, pero la pregunta era muy sencilla. La que te voy a hacer ahora, seguro que

no va a ser tan fácil responderla. El sastre le contestó
?Soy un simple menestral y no pretendo pasar por listo.
El truco está en buscar soluciones sencillas. Mefistófeles
sacudió la cabeza con displicencia, para dar a entender
que había que ir al grano.

?Vamos a ver si tus soluciones sencillas, dijo sarcástico,
te pueden ayudar en esta pregunta ¿Cómo podría un
hombre convertir el plomo en oro?

Pedro Linares era hombre de humor, por primera vez
en su vida, si puede llamarse así, no vio al Demonio tan
negro como aparecía pintado en la iglesias. Más bien, le
pareció un chiquillo malcriado que no quería dar su
brazo a torcer. El hombre esbozó una media sonrisa
para contener la carcajada

?Pues verá usted, señor Diablo. La cosa es muy simple.
No hay más que coger la vieja colección de soldaditos
de plomo, llevarla a una casa de empeños. Con las
monedas que se saquen por ella, conseguiremos más
oro del que los alquimistas serán capaces de sacar en
toda su vida.

El príncipe de las tinieblas enrojeció de pura rabia. Su
voz adquirió un tono helado.

?Para ser un simple sastre, Pedro Linares, te muestras
como un hombre de recursos e ingenio ¿Podrán
ayudarte en la última pregunta que te haré? Pedro
Linares lo miró con tranquilidad y respondió

?Usted pregunte, luego veremos. Satán guardó silencio,
como si quisiese mantener a su interlocutor en
suspense. Al cabo de unos minutos el rostro del Caído
se llenó con una sonrisa bella, pero cruel

? Pues bien ¿Qué fue primero, el huevo o la gallina?
Piénsalo bien, Pedro Linares, que te quedes o que salgas depende de tu respuesta. El sastre no se dejó intimidar. ?Está tan claro como el agua, señor Diablo, contestó. La gallina es al huevo, como el huevo a la gallina.

Entonces, como por arte de magia, las puertas del inframundo se abrieron y Pedro Linares consiguió volver a la vida y a los suyos, con una historia que contar, para admiración muchos y escepticismo de otros tantos.

Capítulo 3

Lo he visto. Ha sido como una revelación. Un relámpago que te golpea. Sin embargo, una vez se supera el primer impacto, las cosas se presentan ante los ojos con claridad.

Una cosa parecida fue lo que me ha ocurrido esta mañana. Estaba preparándome el desayuno, con la televisión de ruido de fondo. De costumbre no la escucho, y mucho menos la veo. Pero hoy, fue distinto. Sin saber como en el monitor apareció la reposición de un capítulo de la nueva serie. En ella trabaja Amaro González-Ayuso.

Sigo su carrera desde que era un chiquillo. Guardo todos los vídeos de las pocas películas que tiene (el pobre ha estado poco valorado) y también los DVD de las primeras series.

Los años han hecho con él lo mismo que los buenos vinos, lo han convertido en un maduro atractivo, que además por si fuera poco domina el registro cómico como nadie. Cuando lo vi actuar noté una química especial. No sé si podré explicarlo con claridad. Tuve la sensación de que entre el personaje que interpretaba y el hombre que se escondía detrás había una frontera muy tenue

Entonces lo supe, y me dije: Tiene que ser para mí. No hay nada como la ilusión. Alguien en la pescadería, Dorita, la de la imprenta, creo, me ha dicho que estaba radiante. Como soy muy cumplida, no faltaba más, di las gracias pero enseguida me llegó un pensamiento que me preocupó hasta llenarme de angustia
"¿le gustará mi aspecto a Amaro?".

Tan pronto como llegué a casa me puse delante del ordenador y busqué todo aquello que tuviese que ver con su pasado sentimental. No tardé en encontrarle varias ex-novias. Cada cual más guapa. Los celos me

quemaron. Después me caí en un pozo del que tarde unas horas en salir, hasta que la inspiración llegó en forma de revista de moda.

Una de las modelos tenía un peinado parecido al de Olaya Montes, una presentadora, preciosa por cierto, que fue su última novia. Estuve a punto de echarme atrás. Por suerte reaccioné y decidí experimentar. A ver, las nueve y media ¿todavía? ¡Qué ganas de que llegase hoy! Ardo de impaciencia por verlo. ¡Odio este agujero! ¿Por qué me han cargado todos los muertos a mí? Siempre la complaciente, la que se quedaba cuidando, la tímida. Ahora que como me llamo Susana esto va a cambiar.

Para los de aquí, siempre fui anodina. En la escuela más de uno me decía que me contagiase de la más guapa de la clase. Incluso recuerdo a alguno que le dijo a Elena Mijares que se apartase de mí, que podía estropearla.

Aquella frase me destrozó porque eso lo había dicho el chico que me gustaba en ese momento.

¡Pelillos a la mar! como dicen por ahí. Por fin he encontrado a mi hombre.

Ya suena la sintonía ¡Por fin!... ¡Qué artista! Si la serie se mantiene es gracias a él. Sólo hay una cosa que me inquieta. La coprotagonista es muy guapa. Estos artistas pasan tanto tiempo juntos ...

¡Qué pesados con la publicidad!... ¡Ah ya está aquí! ... ¡Mecachis, esta mira muy en serio para estar actuando!... Bueno, está tan descolocada como los demás.

Pero me mosquea ide verdad que me mosquea! ¡Míralo a él! ¡tan torero! Éste es mi chico. No sé si son cosas mías; creo que este episodio ha estado un poco descafeinado. El argumento flojo y el resto del elenco, menos Amaro, estaba en la órbita de Venus.

Ahí esta la tipa. Como esa guarra se meta por el medio

se va a enterar. A Susana Muñiz nadie la adelanta por la derecha.

Tenía razón mi madre: no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Voy a contarle lo mucho que me ha gustado su actuación. Seguro que necesita ánimos después de la porquería de hoy.

Me siento en las nubes. Si tuviese alas echaría a volar. Muchas veces envidio a los pájaros. Debe de ser algo impresionante poder ver todo sin tener que tocar el suelo. Que no me hablen. Me las veo con toda clase de ellos. Los peores son los de los retretes. Y entre esos últimos los de los caballeros ¿Cómo se las arreglarán para manchar tanto?

Este mediodía aprovechando que las demás se habían ido a tomar el café me fui a la sala de ordenadores y miré en mi correo. Allí estaba su respuesta. Me daba las gracias por mi opinión, que el apoyo de gente como yo, que disfrutaba de la serie, daba sentido a su trabajo. No lo dijo con estas palabras, pero eso fue lo que entendí, y por mucho que algunos de este andurrial piensen que soy boba, soy capaz de ver más allá de mis narices.

A lo que iba, me sentí la mujer más feliz del mundo. Empecé a verlo todo de color de rosa y mi cuerpo se cubrió de escalofríos. Emocionada busqué en todas las páginas de cine. Entonces creí que el estómago se clavaba en mis caderas. En una foto Amaro aparecía pasándole el brazo por los hombros a Amelia Iglesias, su compañera de reparto.

Oí a mis compañeras que me llamaban desde la escalera. Respiré hondo dos veces, apagué el ordenador y me reuní con ellas

-¿Qué te pasa, chica? -preguntó una-¿has visto un fantasma? Estás pálida.

-Nada, un malentendido con Hacienda. Se puede arreglar.

-Deberías relajarte -intervino otra
Ya lo veía venir. Corté por lo sano con la excusa de ir a limpiar el último piso. Antes de cerrar el ascensor las oí comentar.

-¿Creéis que ésta se desahoga? Ya sabéis a que me refiero-Preguntó una de las nuevas

La primera replicó:

-¡Qué va! ¿No veis como va? ¡Parece un palo!

Las demás rieron. Una última añadió

-Oíd ¿Se la presentamos a ese casanova de Juan? Iba a ser buena

Yo, estaba tan enfadada con esa guarra de Amelia Iglesias que aquellas burlas rebotaron como si fuesen pelotas de goma.

¡Ja ! Ahora saben quien soy yo. Esto te enseñará a no meterte en la propiedad ajena. Una cosa es que representéis algo juntos y otra... Bueno ya se entiende.

Porque lo primero que hice fue escribirle a esa pelandusca para poner los puntos sobre las ies, como decía mi abuela. Al principio no obtenía respuesta. Entonces empecé a mandarle cartas en días alternos.

Dos días después de enviarle la suya a Amaro, le llegaba una misiva a ella.

Más adelante supe que había acudido a la policía pero por lo visto no le ha servido de nada. Ni le servirá. Los datos del sobre están escritos a ordenador; además tuve la malicia de enviarlos desde distintas ciudades. Amaro está siendo muy malo conmigo. He perdido la cuenta de las veces que le pedí un autógrafo. La distancia es demasiado grande como para no tener una señal física de su presencia.

Lo que pasa es que le gusta hacerse de rogar. Le he enviado regalos, poemas. Cuando me den las vacaciones voy a acercarme hasta Madrid. No voy a permitir que me ignore más tiempo. Una puede amar pero no tiene porque soportar que se la deje en blanco.

Esta carta será la última advertencia. Más le vale tenerme en cuenta si no va a saber lo que le ocurrirá a Selva, su amada Snouzer.

Y si de ésta tampoco me toma en serio...
¡¡¡ HABRÁ GUERRA A MUERTE!!!.

Capítulo 4Bajo el pozo de mi silencio, guardo
oro y miserias. Días de mar vivo,
vacilación, viajes por el desierto,
que han dejado ansias de agua acumulada.

Bajo el pozo de ese silencio mío
que tanto te irrita, guardo vestidos
de seda, que seguro, se han quedado
pequeños. Bajo este pozo callado,
macera vino dulce con un punto
de acidez. No sé si querrás probarlo
tras este corto intervalo de ausencia
¿O es que acaso hay algo más?

Capítulo 5

El camión de mudanzas se detuvo frente al portal de una calle céntrica del pueblo de Santa Ana de las mareas. Los operarios se dispusieron a descargar muebles y enseres, bajo la mirada atenta y curiosa de unas vecinas, deseosas de tener rayos x para poder adivinar que se escondía tras los embalajes.

En ese momento Lucas Martínez Alba, maestro nacional, se apeó acompañado por María del Carmen, su mujer. Él habría preferido venir solo pero Carmina, como la llamaba en la intimidad, se había opuesto de forma rotunda.

?No me fío, le había dicho resuelta? Te limitarás a dejar las cosas como quiera y luego te irás de cervezas con Luis y Mael.

Luis era su hermano mayor. Le llevaba dos años y era el único que seguía la tradición familiar. Era patrón de pesca y presidía la cofradía de Nuestra Señora de las Mareas.

Su hermano pequeño, Rafael, aunque trabajaba en la rula como director no contaba. Según Luis para ser hombre de mar había que andar por ella y sufrirla. A su modo de ver Rafa, como le gustaba llamar al pequeño, era un simple funcionario.

Lucas miró el reloj. Las seis Luis tendría que haber venido. Dos días atrás María del Carmen había insistido en venir temprano. Él sin embargo lo había rechazado.

No tenía humor para madrugar y además entre los cuatro (incluía a Gloria, su cuñada) terminarían pronto. También trató de convencerla para que se quedara en Foscos hasta el último día pero su mujer con una sonrisa entre tierna y burlona replicó

?Ni hablar, me voy contigo

Después, para rematar le dio un beso en la mejilla. Él supo que el tema quedaba zanjado.

Lucas se llevó las manos a la espalda. Las cervicales no eran las de antes. Tuvo que reconocer que al final la costilla había tenido razón. Sin embargo sólo de pensar en tener que empezar el trabajo a solas con ella, le ponía los pelos como se dice de punta.

¿¿Dónde estará este? Murmuró entre dientes.

Una voz conocida le preguntó.

¿¿Qué estás farfullando Lucas?

Entonces las vio: Rosa y Julia. Desde pequeñas habían sido inseparables hasta que la segunda se casó con Andrés el de Maruchi y se marchó a Santo Domingo. Sin embargo su amistad se había mantenido a pesar de la distancia. Cuando Julia enviudó y se instaló en el pueblo, el lazo entre ambas mujeres se fortaleció

¿¿iHombre! Mira que sois cotillas

Rosa, siempre la más desenvuelta de los dos lanzó una carcajada

¿¿Qué quieres? ¡Es la vida!

Lucas cruzó la calle. Su mujer le pidió las llaves y lo miró con una expresión como queriendo decir "ya lo sabía yo".

¿Subiré en seguida ¿dijo a modo de disculpa

¿Qué bien se te ve, chico?le dijo Julia cuando llegó hasta ellas?Pareces un galán.

Él rió aunque en el fondo se sentía halagado. A pesar de sus sesenta y cinco años se mantenía ágil y dentro de un peso aceptable

¿Si, si un galán de los años veinte. Los años pasan para todos

¿Pero no igual ¿sentenció Julia

A partir de entonces la conversación derivó hacia los recuerdos comunes, el camino que había tomado cada uno de los antiguos compañeros de colegio.

El ruido del batiente de una ventana cortó el hilo de la charla. Carmen reclamaba su ayuda.

¿Lo siento, chicas ¿se excusó con una expresión

compungida en el rostro?El deber me reclama
?Que te sea leve

María del Carmen López Estrada corrió hacia la puerta.
Antes de colocar la llave dentro de la cerradura, su
marido apareció en el dintel con una expresión de niño
culpable.

La mujer sintió el impulso de darle un beso en la
mejilla. Al ver el bronceado que resaltaba aquellos ojos
azul-gris, recordó a aquel muchacho que la sacó a
bailar en aquel guateque la tarde que se conocieron.

Sin embargo ella lo miró con seriedad
?iVaya cháchara te traías con esas dos! Me has dejado
sola ante el peligro Pero estás a tiempo de redimirte.

Coge la lámpara y cuélgala en nuestro cuarto
Lucas miró con aprensión un aparato de metal dotado
de un número infinito de brazos. Una constante en sus
traslados. Había sido el regalo de boda de algún
pariente. En todos estos años había tenido la
oportunidad de maldecir su mal gusto.

?iMujer! ¿No podríamos deshacernos de ese
mamotreto?

?Ni lo sueñes. Nos ha acompañado siempre y nos ha
servido bien

El hombre resopló. Recordaba la vez que en una cena
de fin de semana la lámpara había ido a estrellarse en
la cabeza de la mujer de un colega. Desde entonces
acordaron dejarla en su cuarto.

Mientras subía la escalera para colocarla en el techo,
dijo entre dientes

?Si por mi fuese irías por la ventana

Entonces sin saber como la lámpara se le escurrió y
cayó produciendo gran estruendo.

Lucas abandonó el portal de su casa con paso rápido y
maldiciendo Un Citroën Xara circulaba en ese momento

por la calle. El conductor, al verlo, se vio obligado a detener el vehículo de forma brusca. Un hombre de unos cuarenta años bajó la ventanilla y gritó

¿¡Joder! ¡Mire por donde va!

Lucas, aturdido, murmuró una disculpa.

¿Está bien, pero miré por donde va. Llevo a un niño detrás

En ese momento una cabeza rizada y pelirroja asomó por la ventanilla trasera. Por un momento los ojos del hombre y el chiquillo se cruzaron. Los ojos del niño eran verdosos, reflexivos

Lucas pensó: "Tiene pinta de ser inteligente, quien sabe si no será un posible alumno".

El Citroën Xara llegó a la plaza del pueblo y giró a mano derecha hacia la nueva urbanización, construida sobre la colina que dominaba el acantilado.

Nicolás observaba todo a través de la ventanilla con aire compungido. Siempre era lo mismo. Su padre, por razones de trabajo, era destinado a un sitio diferente. Como mucho, permanecían cuatro años. Después había que hacer las maletas y vuelta a empezar. Lugar nuevo, colegio nuevo y nuevos amigos.

El chiquillo no sabía cómo expresarlo pero con sólo ocho años, sentía que no pertenecía a ningún sitio. Cada vez que conseguía tener un grupo de amigos había que marcharse.

La enfermedad de la abuela le permitiría estar cerca de sus primos que vivían a dos kilómetros de Santa Ana.

Pero una vez pasase la emergencia volvería a ser lo mismo. Era como construir un castillo en la arena en la playa para que una ola caprichosa se lo llevase por delante.

Lo bueno de ser niño era la posibilidad de jugar con la videoconsola. Por eso cuando el coche se detuvo ante un dúplex de color blanco, saltó dispuesto a coger su

maleta y deshacer su equipaje para ocuparse del nuevo juego que lo tenía absorbido. Por lo demás, la infancia para él significaba ir de aquí para allá sin ninguna opción de elegir.

Nicolás tenía claro que cuando fuese adulto se quedaría en un sitio fijo y no se movería de ahí.

El matrimonio García Caballero empezó a instalarse en la casa. Mientras el padre abría las llaves de paso, la luz y el gas, la madre iba colocando las cosas personales mientras vigilaba a Nicolás. La mayoría de las veces había que batallar con él para que colocase sus cosas. En cambio esta vez trabajaba con una diligencia poco habitual.

Cecilia Caballero Álvarez sonrió divertida. El videojuego, regalo de su tío le había puesto alas en los pies.

Sin embargo, estaba preocupada. Nico crecía rápido, y se había dado cuenta de que el niño echaba de menos tener una vida social estable.

En varias ocasiones había intentado tratar el tema con su marido pero Rubén se había mantenido inflexible. Un niño debía de estar lo más cerca posible de sus padres.

Para meterlo en un internado había tiempo. La mujer suspiró. A ella le habría gustado alquilar una casa en el centro del pueblo. Tendría todo más a mano y Nico podría encontrar a otros niños con facilidad. Pero su marido prefirió instalarse fuera, alegando que así tendrían más intimidad.

Cecilia se dirigió al cuarto de su hijo. Nicolás acababa de cerrar el último cajón de la cómoda. Al verla en la puerta el niño le dirigió una mirada interrogativa.

¿Te apetece pasear por el jardín?

El chiquillo dudó unos minutos. Al final contestó
?Bueno, vale, Pero volvemos enseguida ¿eh? Quiero jugar con el videojuego.

Madre e hijo salieron al jardín. Cecilia le explicaba a Nicolás todo lo que pensaba plantar en cuanto la abuela se sintiese mejor. De pronto los dos notaron una presencia. Un niño delgado, pelo castaño y ojos violeta los observaba.

Nicolás le devolvió la mirada. Sin saber como, tuvo la impresión de estar frente a un tigre como los que salían en los documentales de la tele.

La cervecería estaba a rebosar. Lucas al igual que el resto de personal docente y administrativo del Colegio Nacional Santa Ana, llegó puntual a la cita. Una tradición que servía de excusa para presentar a los nuevos compañeros y para dejar atado algún fleco que quedase suelto.

Esta vez la reunión tenía un cariz especial; los nuevos maestros que se incorporaban al curso escolar, representaban los dos extremos de una carrera profesional. Lucas que iba a jubilarse Andrea, una interina de las últimas oposiciones que se ocuparía de los de primero.

Lucas preguntó a Andrea si estaba nerviosa. Sonriendo, la chica reconoció que sí. Entonces la conversación se centró en la experiencia que cada cual tenía de su primer día.

¿¿Estamos todos??preguntó alguien
¿Falta Baldomero.

Baldomero Gómez era el director del colegio desde hacia cuatro años y por la forma de hablar de sus interlocutores, Lucas sacó la conclusión de que iba a seguir.

Transcurrió una media hora hasta que por fin apareció acompañado de un matrimonio. La mujer, de unos cuarenta años, llevaba un vestido de color verde manzana ostentoso. El hombre rechoncho de unos cincuenta años, saludaba a voces a todo el que se

encontraba a su paso.

¿Vamos listos? dijo Raúl Mendoza, el secretario? Los de la pastelería Ramírez lo han agarrado

¿Otra vez su niño del alma? intervino una compañera?

A Andrea no le digo nada. Va a dar a los de primero.

Pero tú Lucas que te vas a ocupar de los de segundo...

Ya te puedes ir armando de paciencia.

El aludido asintió con la cabeza. Pelear con niños difíciles era lo normal en el trabajo de un maestro. Sin embargo en los últimos años la enseñanza se había ido volviendo cada vez más dura. La escuela de ser un lugar de aprendizaje, había pasado a convertirse en un lugar donde dejar aparcados a los niños durante toda la jornada,

Su pueblo no iba a ser una excepción. Julia y Rosa le habían hablado ya de Alejandro. Rosa, la más apasionada de las dos, le había contado como le había dado una paliza a su nieto con la ayuda de Vicente y Gonzalo.

¿Ése ¿había dicho refiriéndose a este último? es el peor de todos. Una mosquita muerta que las mata callando. Si Alejandro no anduviese con él, no pasaría de ir más allá de meterse con otros niños, que ya es grave. Pero las maldades que hacen estos tres, sólo se le pueden ocurrir a ese sinvergüenza.

Lucas contuvo un suspiro. Su último año de docencia estaría dominado por la misma pregunta que rondaba por su cabeza estos últimos cursos. De que podría servirle toda su experiencia cuando cada día tenía que luchar en tres frentes simultáneos: niños, padres y compañeros. Le quedaba el consuelo de que al menos éste sería su último año. Lucas se sorprendió a sí mismo pensando que compadecía a los jóvenes que tomaban el relevo.

Nicolás se despertó sobresaltado. Dos meses después

del comienzo del curso, vivía inmerso en un auténtico infierno.

Al principio fueron motes. Cada vez que el maestro abandonaba el aula Gonzalo empezaba con la cantinela de la zanahoria y Alejandro continuaba con otras palabras más gruesas.

Él se defendió ignorándolos y tratando de mantenerse alejado. Entonces los otros pasaron a la acción. Primero probaron a excluirlo. Pero los continuos cambios de domicilio, le habían enseñado a desenvolverse solo. Recurrió a lo que tenía más a mano. Su videoconsola, hasta que un día Gonzalo se la rompió. Cuando el maestro vino a llamarle la atención alegó que lo había hecho sin querer.

Nicolás sabía que aquello no era cierto. Quiso replicar pero Vicente lo amenazó desde lejos pasándose el dedo por el cuello, a modo de navaja.

El gesto le pasó inadvertido al maestro, que se limitó a decirle a Gonzalo que tuviese más cuidado la próxima vez, y a él que debería integrarse más con sus compañeros y no traer cosas delicadas al colegio.

Eso trajo consecuencia aún peores. De los insultos pasaron a las palizas. Aunque trató de defenderse, llevó todas las de perder. Alejandro y Vicente lo superaban no sólo en número, también en condiciones físicas. En especial Vicente, una auténtica apisonadora.

Nicolás sentía vergüenza. Hacia tiempo que era habitual volver a casa con algún moratón o sangrando por la nariz. Si algún adulto le preguntaba él mentía diciendo que se había caído o se lo había hecho jugando.

Cierta día a los maestros les llegó el rumor de que se había metido en el servicio de las niñas. El Director lo llamó a su despacho en la mitad de la clase de matemáticas y le hizo unas preguntas que no entendía del todo. Después de la entrevista se le notificó que estaba expulsado por dos semanas.

Lo que vino en casa fue aún peor. Su padre le dijo a gritos que aquello era feo y vergonzoso. Su madre no paraba de llorar. Estuvo castigado una semana sin ver la televisión.

Dos semanas después a la salida del colegio, el hermano mayor de una de sus compañeras lo esperó y empezó a pegarle. La intervención de un compañero de cuartel de su padre, impidió que aquello llegase a mayores.

Nicolás se limpió el sudor de la frente. Sabía que no podía contar con nadie. El estado de su abuela había empeorado. Su madre estaba cada vez más nerviosa. Su padre lo mantenía a cierta distancia. Eso lo hacía sentirse más desamparado ante una situación insostenible. Llevaba varias noches teniendo pesadillas. Con un nudo en la garganta se levantó y de puntillas se dirigió al cuarto de baño. Era el momento de hacer algo. La pistola reglamentaria de su padre quedaba descartada, ya que estaba guardada a buen recaudo. Pero la historia que había contado uno de los guardias veteranos durante la cena la noche anterior era viable y podía dar resultado.

Lucas no podía concentrarse. Sabía que tenía que corregir esos exámenes. La evaluación estaba cerca. Pero no podía concentrarse. Sobre la mesa el ejercicio de Nicolás García Caballero. La letra estaba desmadejada. Lucas no podía explicárselo pero el comportamiento de ese alumno en las últimas semanas le indicaba que el niño no estaba bien. Se le veía pálido, callado. Cuando había preguntado la opinión de algunos de sus compañeros al respecto, éstos le habían dicho que era normal después de lo que había hecho. Incluso Raúl, el secretario se permitió un comentario jocoso.

¿iSerá listo el jodido! itragarse pasta de dientes!

¿Dónde se habrá enterado?

Si, ése era un truco muy común en el ejército cuando un recluta quería eludir unas maniobras, incluso el frente ¿Cómo podía haberlo sabido un chiquillo que había nacido en una época en la que el servicio militar era historia?

Por milésima vez, como mínimo, trató de concentrarse en la corrección del examen. Sin embargo volvía siempre a la misma pregunta ¿Cómo?

El niño no estaba del todo bien. Las huellas de la fiebre estaban patentes en su cara pero su padre se había empeñado en enviarlo a la escuela alegando

¿Que tenía que aprender a no eludir sus responsabilidades. Lo que había hecho había sido una barbaridad pero no le iba a servir para nada.

Lucas estaba de acuerdo pero Nicolás no le parecía un niño dado a esas cosas. Julia le había contado que habían tenido que llevarlo de urgencia al hospital con mucha fiebre y devolviendo. Habían tenido que hacerle un lavado de estómago. Cuando el chiquillo se reincorporó a las clases trató de hablar con él pero se encontró ante un muro.

Ahora se preguntaba si no habría desistido demasiado pronto. Quizás estaban pasando por alto algún problema. Viendo la inutilidad de permanecer ante unos papeles sin hacer nada, se dispuso a volver a casa. Al pasar cerca del servicio de los niños, oyó gritos y risas.

Lucas miró el reloj extrañado. No era habitual que hubiese alumnos a estas horas. Cuando distinguió la voz de Alejandro, empujó la puerta y entró. El espectáculo que encontró lo dejó atónito: los más fuertes sujetaban a Nicolás, mientras Gonzalo le sumergía la cabeza dentro del lavabo.

¿Eh! ¿iQué estáis haciendoi?

La inesperada aparición del maestro sobresaltó a los dos niños que soltaron su presa. Gonzalo fue el único

que reaccionó con frialdad
¿Nicolás se puso nervioso y lo estábamos ayudando a relajarse

¿Muy imaginativo? ¿Me tomas por tonto chaval!? Por cierto ¿no sería idea tuya lo del servicio de las niñas?
¡Ahora mismo a secretaría, no quiero oír ninguna contestación! ¡Andando!

Raúl Mendoza se disponía a marcharse cuando Lucas casi estuvo a punto de llevárselo por delante al entrar en el despacho. Con él venían el hijo de los Ramirez, sus amigos y el nuevo. Éste tenía la cabeza empapada, tenía los ojos lacrimosos y su cuerpo estaba sacudido por temblores. Antes de que pudiese preguntar lo que ocurría, Lucas le espetó.

¿Llama ahora mismo a Baldomero y a los padres de estos niños. Hay que poner en marcha el protocolo de acoso escolar.

¿Es tarde Lucas. Seguro que esto fue cosa de niños. Ya lo hablarás con el director mañana

Los ojos del maestro relampaguearon. Con gesto enérgico descolgó el teléfono y dijo

¿O lo haces tú o lo hago yo. Si no llego a pasar cerca de los servicios no quiero pensar lo que estos aprendices de Al Capone le hacen a su compañero. Así que déjate de remilgos y llama. Esto no puede esperar

Capítulo 6 ¡Feliz año!
Feliz dos mil dos,
El segundo del nuevo milenio
Se acerca con buen paso:
Calle silenciosa,
Oro líquido confiado
A la seguridad de las neveras,
Serpentinas preparadas
Para el único salto mortal de su vida.
Efímera, cargada de buenos propósitos

Capítulo 7

La mañana era radiante. El único problema; era domingo. La iglesia estaba llena. La misa resultaba más tediosa que de costumbre. Alrededor rostros resignados, amansados por la costumbre del respeto. El calor era insoportable. Sólo la beata de turno, aguantaba impertérrita el castigo.

En los bancos de atrás, Luisa y sus amigas, intentaban sobrellevar el fastidio cuchicheando y riendo. Algunos fieles empezaron a mirarlas de reojo. Alguna señora las chistó. Pero ellas continuaban con su juerga, hasta que Don Venerando, desde el altar, en medio de la homilía, exclamó con voz de trueno.

?¡Luisa! ¡Deja ya de hablar!

Se hizo un silencio pesado, sólo se oía el zumbido de alguna mosca y el oficio continuó sin más novedad.

Llegó el momento de la consagración. El sacerdote alzó el cáliz. Los ojos de Luisa brillaban.

?¡Agachad la cabeza que viene el avión! Gritó

La carcajada fue unánime

Capítulo 8 La noche resbala por encima de los tejados,
como una mancha dócil de aceite
teñida de añil. Al compás de su marcha,
los ojos van fluyendo hacia el sueño:
Paran los motores;
las luces se encienden para iluminar
el desierto hecho de asfalto.
Es el momento de saldar la soledad
y poner bajo siete llaves el archivo.
Cierro los ojos, una sucesión infinita
de rayas luminosas perfora
la oscuridad enrojecida de mis párpados.
Pesadez en las vísceras,
el mar hace su remontada por la garganta.
Algas, transparentes como medusas,
se agarran a los engranajes de las palabras;
en el puerto, los mástiles, inmóviles,
desfilan con elegante ademán de resaca.

Capítulo 9 Llamaron a la puerta. Sin casi darse cuenta los alumnos, lanzaron un suspiro de alivio que no le pasó desapercibido a la profesora, que impuso silencio con un gesto enérgico.

— ¿Se puede Gloria?

La aludida asintió y el director, un hombre de pelo entrecano y voz opaca, entró en el aula y se colocó en el centro para que todos pudiesen escucharlo: Empezó hablando de unas actividades que se ofrecían en el colegio fuera del horario lectivo, como complemento al aprendizaje del alumnado. Luego, después de hacer hincapié en su carácter obligatorio, abrió su carpeta y empezó a repartir unas hojas, del tamaño de dos folios, que contenían la lista de las actividades y los horarios. En la última fila Desiderio, ocupado hasta ese momento en darle los últimos toques a una caricatura de la maestra, arrugó la nariz. Ya le costaba bastante trabajo quedarse quieto en su sitio, como para que al final de las clases le obligaran a permanecer dos horas más en el colegio.

Cuando le llegó el turno de coger su lista, lo hizo de mala gana; Don Alberto lo advirtió:

— ¿Qué pasa Desiderio, no hay alguna que te guste?

El rostro del chiquillo se volvió impenetrable

—Todavía no lo he leído. Es que me apetece más irme a casa cuando acabo.

Sus condiscípulos se echaron a reír, la maestra puso mala cara (aquel niño le resultaba imprevisible hasta la exasperación) y su compañero de pupitre, le dio una patada.

Estás pirao. Calla, le susurró

Pero el director no le riñó. Se puso a explicar a toda la clase que no todo se ceñía a ir del colegio a casa, que esas actividades podrían ayudarles más tarde. Para terminar añadió.

—Ahora leed la lista y decidíos por las que más os

gusten. Hay que escoger dos, que no se os olvide. Desiderio echó un vistazo y torció la boca. No había nada que tuviese que ver con el dibujo y la pintura.

Como vio que la maestra lo observaba, volvió a hundirse en el papel. Bueno en las líneas del medio se leía "coro"; al menos allí podría encajar, pues tenía buen oído. Cogió el bolígrafo y la señaló con una cruz. La siguiente fue más complicada. Arrugó la nariz hasta que en la última fila leyó "Rondalla". Era perfecto, así podía usar la guitarra vieja de su padre.

Capítulo 10
Tiempo lento, horas lentas;

Aquí, el reloj, parece haberse dormido

Mientras espero la noche;

El momento de verte.

Cielo gris en la ventana,

Lluvia incesante que se estrella

Blandamente contra el suelo.

En mi cabeza, los pensamientos

Se van amontonando

A una velocidad de vértigo:

Dudas, miedos...

¿Hasta dónde llegaremos?

¡A veces te veo tan lejos!

Tiempo lento, horas lentas y torturadoras

Las venas duermen, el cerebro, vela

Capítulo 11

Nevó durante toda la tarde. Por fin paró un poco y salí a la calle. Pero no había forma de caminar sin dejar huellas. Me encontrarías. Entonces llegó ella, con su flamante coche rojo y oliendo a puta barata. Entró en tu casa por la puerta principal y yo aproveché las rodadas de su coche para alejarme. Puse cuidado en tapar la nariz con un pañuelo para que no cayeran las gotas de sangre sobre la nieve.

Siempre que estoy tensa me ocurre lo mismo. Aguanto y aguanto hasta que estallo como una olla a presión. Lo cierto es que no puedo seguir más tiempo con ese doble juego que poco a poco iba minando mi resistencia ¡Dos años esperando algo que nunca llegaba!

Reconozco que no tenía planeada esta huida. Sólo tenía intención de dejar que el frío de última hora, disipase esa inquietud que me iba carcomiendo hacía varias semanas. Pero lo de hoy fue la gota que colmó el vaso. Fueron dos años. Dos condenados años escuchando tus quejas sobre sus infinitas exigencias, su insatisfacción de niña mimada auto destructiva. Y yo, la hija del transportista, la que estudió gracias a unas becas, esperándote siempre, disponible a cualquier hora del día.

¿Tengo que recordarte la vez que me llamaste en medio de la cena de Nochebuena? Tuve que mentir a mis padres con la excusa de que había surgido una urgencia en el hospital.

¡Como para morirse de risa! Perdona mi tono, pero mientras caminaba entre la nieve, procurando no partirme el tobillo, me reía recordando mi locura por conducir con una helada como aquella, para llegar a este lugar abandonado de la mano de Dios. Allí te encontré gritando como un loco contra esa desgraciada, aunque ése no fue el término que empleaste. Que querías el divorcio. Al día siguiente ibas a ir al juzgado.

Pero nunca se llevaba a la práctica. La disculpa, tus hijos.

¿Pensaste en ellos alguna vez de verdad? Lo dudo. Menos mal que no aparqué muy lejos. Conduje como una autómatas hasta que llegué a esta gasolinera, desde donde te escribo este mensaje.

Tras llenar el depósito, pedí un café, y encendí el portátil, mientras unas lágrimas de dolor y de rabia resbalaban por mi cara. Me había pasado la vida estudiando, sacando matriculas. Sin embargo había pasado por alto algo muy importante. El manejo de las trampas que se esconden tras las relaciones. Al verte con tu mujer, acepté, por fin, lo que me había negado entender durante estos años. Yo era un divertimento que hacía tolerable el precio que tenías que pagar por mantener esa vida que en el fondo tanto te gusta.

Elegirme a mí, habría supuesto empezar de cero, renunciar a muchos privilegios. No estabas dispuesto a ello ni a dejarme.

Una brillante doctora treinta añera y pelirroja, era demasiada golosina para dejarla escapar. Esto va a cambiar a partir de ahora ¿Sabes que te tenía reservada una sorpresa? Esta mañana recibí una carta de un hospital de Suecia ofreciéndome un puesto de cirujana. En mi ingenuidad había pensado que eso serviría para decidirte por fin a romper con tus ataduras e iniciar una nueva vida juntos. Ahora que sé que esto no es posible, me va a servir para comenzar de nuevo. Desde este momento no sólo me dedicaré a crecer en mi trabajo. Desde este mismo momento, cuando algún hombre se me acerque, tendré en cuenta que merezco a alguien que aprecie no sólo mi valía como individuo, sino también todo aquello que puedo ofrecer, que gracias a ti sé que es mucho, y estaba desperdiciando a tu lado.

Desde hoy me ocuparé de que no puedas encontrarme

mientras preparo los papeles. No quiero escenas, ni explicaciones que ya no voy a creerme. Me iré por la puerta de atrás, pero antes quiero dejarte un último regalo. Había pensado mandar mi mensaje a tu correo de la oficina, pero mientras escribía las últimas líneas, cambié de idea. Como siempre pensaste que ibas a tenerme a tu merced para toda la eternidad, nunca tuviste el menor inconveniente en abrir vuestra cuenta de *Facebook* delante de mí.

Tienes poca cabeza, Pedro. No me extraña que tu suegro no te respete y te trate como a un cero a la izquierda ¡Cuántas veces tuve que tragarme esa cantinela!

Nunca me costó trabajo memorizar las cosas. ¿Qué importaba un simple nombre? Así que he pensado que lo mejor era enviarlo a un sitio tan privado como ése, ya sabes que a discreta no me gana nadie.

Lo único que lamento es no poder saber nunca que excusas le darás a ella, si lo lee antes que tú. Espero que mantengas la misma imaginación con ella que conmigo, Mucha suerte

Capítulo 12 El juez Eduardo Rivera era conocido por su conservadurismo a ultranza. Temido y odiado. Sus sentencias en casos de divorcio, malos tratos, custodias eran motivo de que en la Audiencia se le conociese como "la mosca cojonera". Sin embargo de puertas afuera todos reconocían su pericia. Los fundamentos de derecho de sus sentencias, eran de una coherencia casi inexpugnable; más de un Magistrado llegó a decir.

?Lástima que al jodido no le diera por enseñar. Tendríamos abogados mejor preparados y nosotros menos dolores de cabeza.

Pero el Juez Rivera era un hueso duro de roer en la cuestión de lo que él llamaba "el buen funcionamiento de la oficina". Esa frase iba más allá de la puntualidad y la eficiencia. Los funcionarios del Juzgado número dos de primera Instancia, del Burgo, lo sufrían en sus carnes. El Secretario Judicial para decirlo de una manera sencilla, lo detestaba.

?Este tío me entierra, comentaba con frecuencia La gota que colmó el vaso llegó un martes por la mañana. Inmaculada Menendez, la auxiliar más joven, encontró la cerradura de uno de los cajones de su mesa forzada una mañana. Todo su contenido, tampones incluidos, estaba desparramado por el suelo. Cuando el resto de las mujeres, empezaba a indignarse por el atropello, el juez se presentó con aire de prepotencia y preguntó a quien pertenecía la mesa. Inmaculada, con un nudo en la garganta provocado por la rabia, respondió que era la suya. Eduardo Rivas, en tono engolado respondió.

?Señorita. Éste, es un lugar de trabajo. La que tenga problemas con el mes que venga con paños higiénicos de casa. Aquí no se van a tener las consideraciones tontas que se tienen con las damas hoy día. Si ustedes quieren ser como los hombres, seanlo con todas las consecuencias.

Inmaculada trató de replicar, pero una ligera presión a modo de advertencia le indicó que eso traería complicaciones. Antes de volver a su despacho Rivas añadió.

¿Por supuesto, la reparación de la cerradura, corre a su cargo, señorita.

Las mejillas de la joven se encendieron; el silencio en la estancia se fue haciendo cada vez más denso. El Juez, sin darse por aludido, volvió a encerrarse en su despacho. El Secretario dio un bufido de indignación al enterarse.

¿De eso nada. No te preocupes que ya nos arreglaremos para meterlo en el presupuesto. Pero tú no vas a pagar ni un duro.

A partir de ese momento los distintos grupúsculos se convirtieron en uno solo. Había un objetivo común: Eliminar al tirano. En los días posteriores, la hora del café se convirtió en una buena excusa para conspirar. En un primer momento se decidieron estrategias para boicotear al juez y mantenerlo lejos del espacio de trabajo. Cuando se les agotaron las ideas, Adela, la funcionaria más veterana llegó con una fotocopia de una página del BOE. Se abría el plazo para la solicitud de traslado.

¿¿A alguno le interesa? Preguntó

Por supuesto que no. Todos tenían la vida hecha en aquella capital de provincias. Nadie tenía ganas de mantener dos casas al mismo tiempo. Algunos, sin embargo, la cogieron, por curiosidad. De pronto alguien dijo.

¿Se me ocurre algo.

Las cabezas se volvieron hacia aquella voz, como movidas por un resorte.

¿Cuenta, Víctor, contestó el segundo Oficial.

Víctor García Funes, Agente judicial, empezó a explicar su plan. Su rostro se iba iluminando con una sonrisa, a

medida que iba desgranando los detalles. El resto del funcionariado, dio su conformidad entre suspiros de alivios y exclamaciones de entusiasmo. El Monstruo iba a recibir, por fin, su merecido.

El Juez Rivas no comprendía nada. Antes de que pusiera un pie en el Juzgado el Agente Judicial, tan maleducado, que siempre lo esquivaba para no darle los buenos días, lo saludó con una sonrisa de oreja a oreja. La respuesta la encontró sobre su mesa de trabajo. Como todas las mañanas repasó su correspondencia. Entre los diversos papeles encontró un sobre con el membrete del Consejo General del Poder Judicial. Sorprendido y al mismo tiempo lleno de curiosidad lo abrió. A medida que iba leyendo el Juez sentía que se ahogaba ¿Cuándo había solicitado un traslado... a Canarias? Aquello era imposible.

Rivas salió al pasillo con la intención de tomar un respiro. Allí lo esperaban todos. El inútil del Secretario con expresión de Judas y como no, la mosquita muerta ¿Cómo se llamaba?... Ah si, Inmaculada. Si, todos le daban la enhorabuena. Que envidia Canarias. Sol y playa, como si él los quisiese a su edad. Sin embargo, él aún seguía siendo el Juez. Tenía que mantener la compostura. Haciendo un esfuerzo sonrió y respondió a todas las muestras de cordialidad, como si todo aquello fuera el sueño de su vida. Ya veréis cabrones, pensó mientras le daba la mano a uno de esos abogaduchos que por costumbre deambulaba por los pasillos. Otro vendrá que bueno me hará.

Capítulo 13[Editar]

Etiquetas

beso, caricias, distancias, pasión, silueta, ternura

Ven, olvida las distancias.

Ven a coger mi mano.

Dibuja una vez más, esa sonrisa llena de complicidad que te da ese aire de niño travieso, y anuncia el gozo que se acerca.

Tu abrazo, firme y suave, a un tiempo arranca desde lo más profundo de mi piel un susurro que paso a paso, se transforma en un gemido lleno de ansia; pero tú, no te apresuras.

El ritual del erotismo es algo serio:

Al principio, un beso cálido lleva mi boca hacia la tuya.

Luego comienza un repertorio de caricias infinitas que cada día, modela en los rincones ya conocidos, una silueta nueva.

Me estremezco. Quisiera gritar pero sellas mis labios con tu lengua. Lentamente me vas quitando la ropa...

Me siento sensual e indefensa.

Atacas otra vez. Mi mano responde explorando tu cuerpo con afán voluptuoso.

¡Vuelve por favor!
Estoy harta de vivir

en medio de esta obsesión
plagada de evanescencias.

Quiero tener esa mirada chocolate
reclamando esa unión que en cada roce
nos arranca la vida y nos la devuelve.

Te prometo que te voy a seducir
despacio paladeando tu pasión
y devolviéndote a cambio
todo el arsenal de mi ternura

Capítulo 14
Gente. Mucha gente. En el tercer vagón Rafael Menéndez, farmacéutico de Olías se removió con impaciencia. Aquel viaje era el definitivo. En los últimos años había recibido revistas y prospectos cada vez más difíciles de seguir. La puntilla, el último, escrito en inglés. A partir de ese momento arregló sus asuntos y traspasó la farmacia. Cuando acabó todo, preparó la maleta rumbo al pueblo de su infancia. El tren se puso en marcha. Su cuarto de niño... Rafael suspiró. Poco a poco el verde fue dando paso al ocre. Rafael se sintió ligero. Estaba listo para cerrar el círculo.

Capítulo 15 Luces que arden;
Noche fría y oscura:
Alma en los huesos

.....

Tiemblan los ojos.
Llama perdida en la niebla:
Hoy, brotan fuentes

.....

Hay muchas voces,
El pensamiento está mudo;
Busca la suya

.....

Brújula rota,
Soledad con tumulto
Llora su norte.

Capítulo 16 Benito Pérez Calvo quedaba siempre en un segundo plano. Vino al mundo en segundo lugar y contra todo pronóstico, no pudo arrebatarle ningún privilegio a Carlota, su hermana mayor. Ella era la guapa, la que, al contrario que él, destacaba en los estudios. De nada servía que él tuviese mucha maña utilizando las manos, ni que su amabilidad le granjease simpatías. Cada vez que trataba de contar algo o dar su parecer, su madre tildándole de burro lo mandaba callar. Poco a poco Benito se fue convirtiendo en un acomplejado que tartamudeaba antes de iniciar una conversación. Cuando llegó a la edad adulta era una persona apreciada por aquellos que lo conocían bien, pero atada a un trabajo sin perspectivas de promoción, y lejos de una familia que a raíz del nacimiento de su sobrino, lo ignoraba aún más.

Con el tiempo los amigos fueron encontrando pareja; Benito se fue quedando solo hasta que conoció a Verónica en un bar. No era una chica guapa, (más bien hortera, a gusto de algunos allegados), pero él encontraba en ella el cariño y la simpatía que no había encontrado en su casa. La relación duró unos seis meses hasta que el joven tuvo la oportunidad de acceder a un cursillo de la empresa, que iba a realizarse fuera de la región. Benito estaba contento. Por primera vez podía avanzar y probar algo que de verdad le gustaba, pero su novia no compartía la misma idea, cuando lo supo se mostró molesta, como si él pretendiese abandonarla. Al principio él trató de razonar con ella: Era posible verse los fines de semana, llamarse... Entonces la muchacha se volvió violenta, insultante hasta ponerlo en una disyuntiva: o el cursillo o ella.

A lo largo de esos meses él era el que había cedido, la había mimado buscando complacerla. Sin embargo esta vez, para su propia sorpresa, se encontró diciendo

cosas hasta el momento impensables. Verónica abandonó la cafetería dando un portazo. Benito trató de seguirla pero Montserrat, la camarera se lo impidió.

—Déjala. Eres demasiado bueno para ella. Para una vez que la pones en su sitio, mantente firme tú, tío.

Benito replicó en tono aprensivo.

—Es que creo que me he pasado Montse. Quiero hacer el cursillo pero esto...

—Más a mi favor. Dale tiempo para que se dé cuenta porque si le interesas hará lo posible por estar contigo.

Si no ¿Qué quieres que te diga? No vale que te preocupes por ella.

Benito asintió; lo que la empleada le decía era razonable. Durante varios días esperó en vano a que todo volviese a su cauce y tener noticias de ella, hasta que en la víspera de la marcha no pudo más y la llamó durante todo el día sin ningún resultado. Esa misma tarde, mientras preparaba sus cosas, sonó en el móvil el tono de llegada de un mensaje. Benito, pulsó la tecla para verlo y leyó: "si no eres capaz de quedarte, ni te molestes. No vales la pena"

La primera reacción al principio fue de susto pero luego la sorpresa, se convirtió en decepción que al final terminó en enfado; no dudo más. Buscó en el menú el comando de creación de mensajes y respondió: "si crees eso, tú tampoco".

Y lleno de alivio por haberse quitado un peso de encima, siguió guardando su ropa en la maleta.

Capítulo 17 ¿Me espera acaso el anfitrión
de la fiesta? ¿por qué es tan difícil
fijar la aguja de orientación?
Me duelen los ojos. Mil objetos,
luces artificiales invaden
mis ojos. Veo pero no miro.
Pienso. Los circuitos están ya al rojo
¿Volveré cuando se alce la copa
hacia el cielo, el día del descanso?

Hay miedo, la base que sustenta
el equilibrio de los andamios
parece resquebrajada. Vuelvo
la cara hacia otro lado. Mi voz
es un serrucho desafinado,
en medio de este tumulto mudo,
los oídos quedaron tapiados:
Me he convertido en un muñeco
de serrín, sin corazón ni manos.

Llega el ángel de la última hora,
extendiendo sus oscuras alas.
Todo se difumina. Los pájaros
han corrido a cerrar las ventanas.
Se oyen sólo motores. Ellos
callan.

Capítulo 18 Stop a los pensamientos agrietados que
arrancan aullidos a la piel del alma

stop a los gritos por los sueños que se han podrido en
nuestros libros virtuales

stop a las fisuras que se hacen en el camino

stop, stop, stop, stop

En vano

El río de la amargura no sabe inglés.

O no conoce las señales de tráfico

¿Acaso alguna vez se sacó el carnet de conducir?

Decir te odio es tentador. Es querer comer bonbones
teniendo alta el azúcar

¿Tienes a quien decírselo, hija alocada de Neptuno?

Alguien canta en son de burla que por los labios de la
tierra apelmazada

por el fuego, corren las liebres

¿las sardinas quizás?

¡No, pobre idiota! No caben sólo pueden correr los
escarabajos

y los grillos escaldados que cantan afónicos

Sus alas desgastadas echan humo sed canunt, canunt,

canunt.

Tras las plegarias he vuelto a renacer desnuda de palomas y de recuerdos. Me rio con las historias que una desconocida familiar me endilga del instituto

¿Para que me lo cuentas?

Porque eres de aquí y me lo repite una y otra vez como si quisiera esculpirlo en mi cabeza. No puedes hacerlo le digo risueña. No puedes grabarlo en mi cabeza

¿No tienes otro argumento?

Sólo me responde eres de aquí

Lo dudo

Todos los compañeros de búsqueda a ciegas son desconocidos. No he salido con esta gente

Dicen que los conozco. No, imposible

Ante mí hay otras caras. Veo un campo de espigas maduras esperando el veredicto de la guadaña.

¡Caín! ¿qué has hecho?

He plantado trigo y recojo la cosecha, antes de que la devore la tierra, se la coman las aves. Ahora tienen radar, lo sabes

¿Qué has hecho?

No me acoses, ten piedad. Ya ves que he llenado los ojos. Nunca es suficiente y el reloj de arena tiene prisa

¿Qué has hecho?

Esperar a trenes que venían y que no ví. Déjame que me arrepienta antes de que sea tarde, antes de que me vea igual que una caña rota. Antes de que sea vulnerable....

Deja, deja. Ya no sé que pedir... No me abandones cuando oscurezca

Capítulo 19 El anciano camina a duras penas
por el parque, cargando su tiempo acumulado
a ritmo de fatiga. Con paso vacilante
y quebrado, deja atrás las distancias
¡Ahí va un superviviente! Inclínad la cabeza
ante él, jóvenes renuevos. Ante su cuerpo quebrado.

La plata que adorna su frente
es la huella de una lucha
con sus victorias y sus derrotas,
escondidas bajo el polvo del anonimato.

Poneos en pie y rendid homenaje
a este héroe sin nombre, de cuerpo achacoso,
azotado por los avatares y la soledad,
porque ha tenido el valor de estar vivo.

Mirad, como se aleja de todo, y de todos,
sin ruido, como una sombra tenue,
victoreado sólo por el clamor
sigiloso del viento.

Capítulo 20 Llevaba demasiado tiempo con él, para que le impresionasen sus ataques de mal genio. Pero ahora, estaba cansada. Desde hacía meses no se encontraba bien y aunque su hija le decía que no era grave, intuía que el hilo se iba acabando. Por eso aquella tarde, contra la costumbre establecida durante cincuenta años, replicó. No le guardaba rencor. Sólo le reprochaba no haber cedido de vez en cuando, y no haber cerrado por vacaciones cuando el negocio empezaba a ir bien.

Como respuesta recibió una pulla, que ella encajó con calma:

-Ya está bien Fabio. Me voy con Remedios. Es hora de que lo poco que me queda lo viva, por una vez, tranquila.

Capítulo 21 Trabajaban en la misma oficina desde hacía tiempo. Cada uno tenía su propia vida. Ella divorciada con dos hijos mayores. Él casado, Dos años atrás su mujer murió de cáncer. No volvió a plantearse una nueva relación hasta que un buen día la vio con una nueva luz.

Tras varias intentonas de acercamiento, en las que se sintió como Eduardo Manos tijeras, se decidió por la solución tan pueril como desesperada. Cogió un post-it y garabateó unas palabras. Luego se puso a mirar la pantalla del ordenador, como si tuviese entre manos un documento importante.

Cuando ella volvió del café de mediodía encontró la nota colocada de un modo discreto entre los papeles de su mesa. El mensaje era breve, escrito con una letra nerviosa y decía: "Me he olvidado de que eres alérgica a los holas. Es imperdonable pero ¿Podrás hablarme el lunes?"

Capítulo 22 Si no querías entrar en mi casa.

Si no tenías intención de conocer
cada rincón, con sus luces y sus sombras

¿Por qué la incendiaste?

¿Por qué no declinaste con una cortés
inclinación de cabeza? Con falsa suavidad
forzaste la puerta, rompiste los juguetes.

Asustaste a los niños

que ahora lloran con ojos desvelados,
y redujiste todo mi hábitat a cenizas.

¿Qué les dirás ahora a las flores descabezadas,
a los gusanos de seda?

¿Sonreirás como haces siempre?

¿O te encogerás de hombros ante los cristales rotos?

La flor más delicada de mi huerto,
ha sido reducida a pasto para los cerdos.
Si no querías pasar más allá de la puerta,
no deberías de haber manchado la acera
con tus desperdicios.

Capítulo 23

Capítulo 24 Volviendo del trabajo, me encontré con una amiga en el autobús. Cuando llegamos a Berció, se paró frente a la casa de siempre. Beatriz, mi amiga, pregunto.

_ ¿Te imaginas cuántas veces en la vida habremos hecho esto?

Le respondí:

-No quiero ni pensarlo. Estoy revuelta.

Unos minutos después Beatriz señaló algo en la ventanilla. En una panera había varias riestras de maíz colgando. Una nota de color en ese cielo macilento. Lamentamos no haber podido hacerles una foto

Capítulo 25 Las máquinas se vuelven locas,
los hombres ríen.

Los hombres de las manos de oro,-
aquellas que se pierden
En las cucharillas de café,-
dibujan la incredulidad en sus ojos.
Pero las máquinas sólo necesitan
dos manos para rendir;
más de un par, las dejan fuera de bolos.

Las máquinas pierden el norte
porque aunque sólo tienen
alambres y tuercas,
y se limiten a ser una prolongación
más perfecta de nuestras extremidades,
reconocen un solo pulso
igual que a un único amo al que se respeta.

Los hombres vestidos de
Azul-trabajo se extrañan
divertidos pero si la cantidad
de manipulado sobrepasa la pareja,
los artefactos pierden su brújula.

Capítulo 26 Siempre ha estado para todos: Fue la mano derecha de su madre a la hora de atender a sus hermanos. Cuando se casó, -tenía diecisiete años,- tuvo que convivir con una suegra que se lo puso difícil por culpa de los celos; cuando vinieron los hijos como no, atenderlos, lo mejor que supo, pues como mujer de marino vivió una vida igual o si no parecida, a la de una viuda. Por eso algunas veces, cuando vuelve la vista atrás, teme haber malcriado un poco a Carmen. Sin embargo está contenta. Por suerte ha tenido esa alegría propia de las personas fuertes que le permitió capear el temporal, poniéndose a trabajar en una floristería hasta que se jubiló. Entonces aparecieron los nietos.

Los años van pasando. El buen humor a veces tiene un punto agrio. Su marido que acaba de retirarse le dice que a veces parece un concentrado de limón. Y ¿Qué espera? Muchas veces los hombres no se dan cuenta del cansancio acumulado. Su columna le falla muchas veces. Algunos días se siente muy pero que muy vieja; hoy es un día de éstos. A pesar del tiempo desapacible la inquietud no la ha dejado quedarse en casa, no importaba si la comida estuviese a medio hacer, ya se arreglarían; cogió el bolso, se puso la chaqueta y se dirigió al parque. Lástima no poder pasear por el puerto, el mar la tranquiliza, pero con este viento, no queda otra que dar vueltas hasta que la columna o la cadera chillen. Hace unos minutos que acaba de sentarse en un banco. Casi se adormece cuando una voz infantil grita desde un seto "¡Josefa!". Es Sarita hija de Carmen, otra niña que hace tiempo frecuentaba la floristería cuando no había clientes

-¡uy! Hola cielo de ¿dónde vienes tan guapa? Entonces la niña con su parloteo detalla todas sus aventuras del

día, el colegio, la señorita, las amigas, Fran ese niño tan malo que las provoca. Y un niño trae a otro. En cierta ocasión una de sus nietas, Sandra, le dijo que era una dibujante de nubes. Ella había sonreído al oírlo y había desechado la ocurrencia como una "cosa de niños". Ahora con varios niños a su alrededor peleándose por mostrarle sus tesoros piensa que con toda probabilidad aquella niña callada y sagaz estaba en lo cierto.

Unas vecinas acaban de pasar por detrás de la fuente Josefa las saluda de lejos y ellas comentan el humor que tiene. "Si, piensa seré una dibujante de nubes hasta que me muera".

Capítulo 27

Se caen las hojas. Oro en papel. Están llorando los árboles.

Un álamo en el parque. Verde atalaya de paso al amarillo.

Está bien adornar nuestros defectos. La prosa los afea.

Capítulo 28

Por mi cuerpo bajan cientos de lunas. Al otro lado de la simetría, La imagen aparece invertida, distorsionada, diluida... Cientos de lunas, ahora doscientos retuercen las entrañas. La náusea se ha convertido en un generador de energía convulsiva; sólo trabajando alcanzo la tranquilidad, sólo trabajando la adrenalina acumulada puede circular por las venas.

Mis labios son lápidas de piedra. No quiero pinzas que me recojan si caigo Sólo trabajando me levanto. No, No quiero, no quiero pinzas de cristal. Sólo arrojando las ondas sobrecargadas Me levanto. Sólo... ¡Bien! ¡El caso es que me levanto!

Capítulo 29

Verano... Tan deseado; tan temido. Días plácidos, largos como espaguetis. Sopor tóxico a la caza del vuelo De las mariposas. Las barcas meciéndose sobre la mar Azul se entremezclan con la huerta seca

Verano: Tiempo bendecido y a la vez maldito, Cenit del año; tan deseado, tan temido

Un enjambre zumbón de moscardones Turba mi letargo

Capítulo 30

No dejo de pensar. Los pensamientos giran como un tiovivo.

Una melodía machacona, marca el paso de cada vuelta.

No hay final de camino. El viaje termina en un laberinto

a ninguna parte. Marea de sal, lágrimas azules

quemán los silogismos.

Los muiles presa del pánico ocupan los vertederos.

Corro, pienso, no sé con exactitud

lo que hago. Las paredes son de cristal. ojos ocultos

esperan que me desnude.

Tengo miedo a las calles a las manos de trapo

¿Dónde estás ahora?

¿Dónde localizar tu voz en medio de este barullo de voces.

Reclamo a gritos mi cordura.

De mi garganta surgen alaridos verdes.

Los peces mueren electrocutados

Cuesta crear meandros en la roca viva.

Capítulo 31

Gustavo M. había vuelto a casarse. Su segunda esposa era muy buena cocinera y todos los días se esmeraba para complacerlo por la vía del estómago pero él después del primer bocado decía: "falta el sabor de la difunta". Así un día tras otro, hasta que a la mujer por culpa del agobio le entró tal llorera que se olvidó de las patas, y entre lágrima y lágrima, se le quemó la comida. Por fin llegó la hora de comer. Ella, temblando, le sirvió el primer plato. Entonces su cónyuge al probarlo exclamó con satisfacción: -¡Ahora tiene el sabor de la difunta!

Capítulo 32

El abrazo. Se queda absorto pensándolo, dándole vueltas a la cabeza una y otra vez. A sus cuarenta y tres años nunca había llegado a un compromiso hasta que lo a él. Javier había salido del armario tarde, tras diecisiete años de matrimonio; una hija que había cumplido la veintena, tan moderna pero incapaz de asumir la homosexualidad de su padre. Cuando lo vio en aquel pub pensó que era un madurito atractivo al que de no haber otra persona en mente, habría que devorar como a una manzana dulce y madura antes de que se reblandeciese con el tiempo. Pero sólo se limitó a echarle un vistazo rápido y el asunto no pasó de ahí. Volverían a encontrarse al cabo de unos meses. Las circunstancias eran distintas. Su ilusión con Dani se había desvanecido; Javier estaba solo en la barra, ahogando la depresión en un vaso de güisqui. Acababa de tener un nieto. Quiso ir a conocerlo pero ni su hija ni su yerno quisieron recibirlo. Con la voz pastosa del borracho murmuraba la misma cantinela mientras señalaba el oso de peluche que le había comprado al recién nacido: "tan modernos, tan modernos" - Deberías de bajar el ritmo, le había dicho Javier sonrió. Unos dientes blancos, perfectos de no ser por una ligera irregularidad en la zona de los caninos. Recuerda que le puso las manos sobre los hombros y le dijo. - ¿Ahora te enteras de que existo? En cambio a tí hace tiempo que te he visto Aquella respuesta me sorprendió. Al principio la tomé como la salida de alguien que ha bebido más de la cuenta pero tanto su tacto como el tono de voz eran firmes. El brillo húmedo que asoma en la mirada de las personas ebrias, habían desaparecido. Sus ojos tenían una expresión cálida y tierna. No tiene más remedio que admitir que aquel contacto le provocaba un calorcillo, todavía no deseado por culpa del espejismo de Dani. Por eso intentó esquivarlo con una burda salida, aunque en aquel momento le pareció de lo más razonable. -Bueno tío, vale. Mejor llamas a un taxi y te vas a casa. Javier no respondió. Se quedó mirándolo con fijeza durante unos minutos. Al final apartó la cabeza pero enseguida volvió la mirada hacia él No sé cómo no me fui en ese momento. La expresión de su rostro no

estaba vacía. En sus ojos violeta había un brillo inquietante. Me sonreía con sarcasmo. - Esta si que es buena. Un crío dándome lecciones En aquel momento deseé sacar toda mi pluma. Aquel viejo llamándome chiquillo a mí, con cuarenta y tres años, bastante experiencia y con solvencia profesional. En vez de esto le contesté con una brusquedad que resultó algo excesiva. - Tú mismo tío Y eché a andar. No estaba dispuesto a seguir soportando más autocompasión pero Javier me detuvo con un toque suave en el antebrazo - Venga, hombre. Tómate algo conmigo Me quedé. Debí de quedar hipnotizado. Entonces Javier se abrió a mí directo, con la fuerza de una tromba de agua. Las emociones que experimentó fueron encontradas: Temor y necesidad de escuchar... Los

acontecimientos se precipitaron. Todavía se estremece al recordarlo. Primero Javier lo besó en la boca Fue brusco y dulce a la vez. Se le notaba algo desentrenado . Después lo besó en la nuca. Apenas la rozó pero tuvo que morderse los labios, para no dejar escapar un gemido. Javier sonrió. Creí que me iba a desmayar como un niño . Con toda suavidad me dijo vamos a dar una vuelta., y terminamos en la cama. Nos soltamos la melena los dos hasta que nos dormimos. Al cabo de unas horas me desperté Mi cuerpo estaba en plena alerta. Esto me ocurre pocas veces. En clima seco o cuando estoy algo más nervioso de lo habitual. No era la primera vez que compartía lecho con alguien, pero sí me estrenaba durmiendo con alguien . De pronto la respiración de Javier cambió. Se volvió entrecortada. Venía acompañada con suspiros de angustia. Sin pensarlo lo abracé. Al principio él puso una débil resistencia que desapareció en poco segundos. Javier rodeó mi cintura con sus brazos y apoyó su cabeza en mi hombro. Al cabo de unos minutos su sueño volvió a la normalidad; más adelante comenzó a debatirse, igual que los cachorros, para soltarse. Le dejé ir despacio. Luego le di un beso y le pregunté ¿Mejor? Me dijo que sí . Seguimos durmiendo,. Al día siguiente, mientras desayunábamos en la cocina, hablamos con fluidez , como si nos conociésemos de algo más que de vista y unas copas.. Más tarde se despidió de mi. Me dijo que estaría fuera para arreglar unos asuntos, que volvería en tres semanas, que me llamaría. En otros tiempos no le creería. Las cosas habían ido muy rápido pero....

Edades y momentos distintos. Había aprendido a inquietarse si el teléfono o la mensajería estaban en silencio pero tras unos días de buena comunicación, el cielo parece más gris que como se ve desde la ventana. Lo más irritante de todo es... Que la vida sigue.

Capítulo 33

Va a caer la nieve; se deslizará con lentitud por los caminos. Los lobos, envueltos en sus galas de negro y plata, han empezado a ponerse en marcha. Pasan en hileras. Irán más allá de las alambradas. Avanzan en silencio, sin amenazar sin oler, pero sé que me llaman Me llaman. Veo un camino desconocido que no debo andar a prisa. Hay momentos en los que pienso que no tengo suficiente zancada para recorrerlo. La lluvia, callada y tímida, canta en los cristales, anega la hierba para que el verde grite provocador en la primavera. Entre las sábanas, un hueco. habla del eco de un abrazo entre los jirones perdidos del alba.

Capítulo 34

No podía más. Estaba de mal humor. Emilia Vázquez Iribar, Mili para sus allegados, llevaba unas semanas con un ritmo frenético. Gema, su hija mayor iba a hacer la primera comunión dentro de unos días. En todo este tiempo había tenido que buscar restaurante y hacer la reserva, hablar con las catequistas para hablar de fotógrafos y de las flores de la iglesia, elegir la ropa de Javier el pequeño. Y por último el traje de la niña. Ahí empezó el dolor de cabeza. La familia de Sergio, su difunto marido, que no había intervenido en nada de la organización, dio señales de vida por medio de Lola, su suegra. ¿Nosotros pagamos el traje, le dijo a través del auricular sin otro preámbulo. Mili tomó aire. No le gustaba levantar la voz pero eso no le impedía dejar las cosas claras. ¿Muchas gracias, Lola, pero no hace falta que te molestes. Lo tenemos arreglado. Al otro lado se produjo un silencio. Mili contuvo un suspiro. De un momento a otro su suegra volvería al ataque. ¿Me parece que nosotros también somos familia. Tanto como vosotros, así que podríais haber avisado ¿no? “Si, pero convive más con mi parte que con la tuya” pensó Mili. Luego tragó saliva y contestó. ¿Bueno. Pues si teníais tanto interés podríais haber llamado vosotros. De todas formas con que vengáis y estéis acompañando es suficiente. Lola inició una serie de ditirambos que la nuera cortó con firmeza y cortesía. Entonces cuando Mili pensó que la cuestión quedaba zanjada, la abuela paterna la sorprendió con una nueva pregunta. ¿¿Qué es eso de que vais a poner una orquesta después del banquete? Mili suspiró. La bruja de Remedios había ido ya con el cuento. Era cierto que habían contratado un grupo, nada del otro mundo. Un teclista y una cantante. Pero tratándose de su cuñada cabía esperar que hubiera exagerado la nota diciendo que habían tirado la casa por la ventana, trayendo una gran orquesta. Las palabras de su suegra corroboraron su suposición ¿Mira a ver si no estás malcriando a mis nietos “Si, ya son tus nietos para lo que te conviene. Para hacerte la madre desconsolada delante de los conocidos. Ni siquiera te preocupaste de aparecer para el cumpleaños de Javi” ¿No me lo parece Lola? replicó con calma? Es un día especial para Gema. Y el único regalo que pidió a su abuelo, fue una orquesta después de la comida. Unos regalan una pulsera, un anillo. Mi padre paga la orquesta. No creo que vaya a afectaros en nada ¿¿Qué no? ¿Es que no vas a enseñar a tus hijos a respetar la memoria de su padre? “Ahí le duele” pensó la joven. Con la misma tranquilidad contestó ¿Pues mira Lola. Eso es lo que hago. Sergio habría querido que su hija disfrutase en el día que seguro va a ser el mejor de su infancia. El que tenga ganas de

llorar que vaya al servicio y que desahogue. Y ahora si me perdonas, tengo que colgar. Los críos vendrán enseguida. La tarde transcurrió de la manera habitual. Dar la merienda a los niños, vigilar que hiciesen los

deberes. Por la noche mientras se desvestía Mili se puso a reflexionar. Siempre había tenido la impresión de que Remedios la había considerado como una intrusa. Una señorita de capital que podía ponerse por encima de su hermano. No había sido así, por supuesto. La relación entre ambos se había basado en el respeto. Pero estaba segura de que Remedios no quería verlo. Cada domingo, en las visitas, lo manifestaba con preguntas acerca de su convivencia, de la relación con la familia política, que en más de una ocasión irritaban a Sergio. Eso la hacía replegar velas por un tiempo, hasta que volvía a la carga. Remedios le tenía celos. Siempre había tenido una conexión con Sergio y ésta se mantuvo después de la boda, con todo, no había aceptado compartir su afecto. Y ese sentimiento perduraba. Eso explicaba el ostracismo en que sus cuñados la habían tenido tras la muerte de Sergio. Una bocanada de amargura subió desde su estómago a su garganta. Una voz somnolienta de hombre le preguntó si no pensaba dormir. —Ya va, pesado?contestó? Pero hoy nada de murga. Estoy muerta. Mili se puso el camisón y se acostó. Antes de apagar la luz, tuvo una idea. Al día siguiente hablaría con sus padres. Lo más probable sería que al principio les chocase, pero estaba segura de que lo entenderían. Nadie empañaría la ilusión de Gema. Antes tendrían que pasar por encima su cadáver.

Por fin llegó el gran día. Unos pasos acelerados por el pasillo le indicaron que Gema se había levantado excitada. Primero trató de calmarla diciéndole que era temprano, que se quedase un poco más en la cama, pero fue inútil. Después de recorrer el pasillo de arriba abajo, la niña entro de nuevo en su cuarto y abrió el armario —¡No se te ocurra sacar el traje del armario! Advirtió Mili ?Sólo lo estoy mirando mamá ?Más te vale, respondió la madre. Si lo ensucias, te mato. Dando un suspiro se levantó de la cama. Estaba ya despierta y no se fiaba de su hija. A paso rápido se dirigió a la habitación de los niños. El pequeño observaba a su hermana con aire burlón ?Mamá. Esta niña es tonta ?Tú más le replicó su hermana Mili intervino ?A ver, calma. Javier, no te pases, le hace ilusión. Y tú ?añadió dirigiéndose a Gema? ponte una bata no vayas a coger frío. A las once la familia abandonó el piso camino de la iglesia. Luis, su nuevo marido inmortalizaba el momento, Javier revoloteaba en torno a su hermana provocándola. Mientras avanzaban hacia el templo, Mili, quedó embargada por un sentimiento agridulce. De un lado no podía olvidar la ausencia de Sergio, habría pensado que su hija era la más guapa pero al mismo tiempo, estaba satisfecha. Después de superar una viudez prematura, había conseguido una estabilidad para sus hijos y para ella misma. Además el tiempo acompañaba. Tras la ceremonia la familia y los invitados se trasladaron a un restaurante en las afueras. La tensión llegó en el momento de repartir a los invitados. Cuando Lola supo que la mesa presidencial la ocuparían su nieta y sus amigos, no dudó en mostrar su desacuerdo mostrando mala cara. Mili supo que el segundo dolor de cabeza estaba próximo. Antes de marchar, Marta, la madrina de Gema se acercó a su mesa para decirle que la matriarca quería hablar con ella. Luis

se dispuso a replicar, pero ella con un gesto le indicó que se calmara y se levantó. ? Bueno Lola ¿Qué pasa?, preguntó cuando se encontró frente a su antigua suegra ?iEres una sinvergüenza! No sólo olvidas la memoria de mi hijo, sino que nos relegas y además a lo zorro. El fuego le subió a las mejillas. Podía comprender que de entrada les hubiese parecido mal que hubiese rehecho su vida con Luis, que notase la falta de su hijo. Sin embargo lo que no podía encajar era que dos años después de morir Sergio, se hubiesen ido a bailar a Benidorm. ?Pues mira, Ya que somos tan sinceras, te voy a decir que lo tuyo es puro teatro. Si hice esto es porque veía que estabas dispuesta a amargar la comunión de tu nieta con llantos y suspiros No lloraste tanto cuando te fuiste de vacaciones para divertirtete¿no? ¿Sabes que te digo? Si no fueses la abuela de mis hijos y la madre de Sergio te mandarían a donde yo me sé Lola se quedó suspensa unos minutos. Cuando quiso responder pero Mili ya se había ido.

Capítulo 35

Luces que arden; Noche fría y oscura: Alma en los huesos

Tiemblan los ojos. Llama perdida en la niebla: Hoy, brotan fuentes

Hay muchas voces, El pensamiento está mudo; Busca la suya

Brújula rota, Soledad con tumulto Lloro su norte.

Capítulo 36 Los círculos no comunican,
son silencio.

Son silencio de chicle pegajoso
Que agarrota dedos y garganta.

Los círculos se retro alimentan,
Forman laberintos de cadenas.
Acrecientan la distancia y el vacío.

Y también el vértigo.

Después de desgastar el viejo camino,
De añadir aún más cicatrices
A ese venerable rostro rugoso,
Las centrífugas vectoriales
Arrastran hacia la memoria
Una gama de sabores
Que van desde el chocolate
Hasta la fresa ácida

Capítulo 37

El otro día vi al que fue el señor de mis sueños. Es una tontería hablar así de alguien a mi edad. Si, una tontería porque al final, con el tiempo, lo que parecía una espléndida carroza hecha de maderas preciosas y brillantina, se terminó convirtiendo en una calabaza.

Capítulo 38 Mis semillas están hechas de niebla.
Son dulces pero, en ocasiones,
su luz y sabor se desvanecen
igual que agua de lluvia.

No sé si aún estás;
espero, bailando en la cuerda floja,
oscilando entre la esperanza y el miedo.
Entonces, me olvido del arte
de saber esperar,
de escuchar los latidos de la tierra.
Sólo oigo la rabia gritar
a mis puertas, como un mar de amargura

Ahora, es el momento de sentarse en el suelo,
para escuchar el compás monótono
y parsimonioso del péndulo
del Universo. Los miembros
olvidan el dolor y el agobio;
bajo nuestros pies
va surgiendo un suelo nuevo

Capítulo 39

Ya está, la decisión está tomada. Me voy. Hace tiempo que lo tengo todo preparado. A lo largo de estos años, en lugar de perder el tiempo en oposiciones con pocas plazas y exceso de aspirantes, he ido adquiriendo experiencia no sólo en fiscalidad, también he aprendido a medir el área de una circunferencia, con sólo dos puntos de error, con respecto a los cálculos de un ingeniero. Mis padres y el resto de mi entorno se toman esto como si hubiese ganado el premio Nobel. Para todos ellos, tendría que estar contenta y quedarme para toda la vida en este trabajo. Están equivocados. Ahora es el momento de amortizar todo este aprendizaje. Estoy loca por dejar, este agujero. Aquí sólo queda casarse, tener hijos y dejar que pase la vida, como les ha pasado algunas de mis antiguas compañeras de colegio. Casadas a los catorce y madres como muy tarde a los dieciséis. No. Voy a dar un salto hacia adelante pero lo haré sin prisa, aunque sin pausa. Hace meses empecé a mirar en bolsas de trabajo de otras comunidades autónomas. De hecho estoy apuntada en varias. Sólo me queda agotar el tiempo de aprendizaje del que será mi sustituto y esperar a que me llamen. Cuando llegue el momento, no dudaré un segundo. Si me quedó aquí no me tendré otra opción que la de seguir el juego de todos: Aparentar. Cuando termina la jornada, cada uno, con sus mejores galas, se va a su garito, según el lugar que este gran cosmos nos ha asignado a cada uno, y los chicos se ponen a exhibir la moto y el coche. A decir verdad, quien más quien menos se encuentra perdido en un estatismo como el que refleja la foto que tengo frente a mí. Un pálido reflejo de un esplendor perdido en los recuerdos. Los pozos salmoneros entonces estaban a pleno rendimiento. Incluso venían aquí grandes personalidades. En esta foto reconozco al abuelo de Tini, mi ex-novio, mostrando el "campano" a un gerifalte de visita oficial. La gente llegó a pensar que se encontraban en el centro del mundo, y esa mentalidad perdura hoy día, ajena al paso del tiempo; aún quedan salmones pero muchos pozos se están quedando muertos. Ni ellos ni mi familia parecen querer darse cuenta de esto. Para todos es de lo más natural que personas que han salido en una misma pandilla no puedan entrar en los mismos sitios, debido al origen familiar de algunas de ellas. Aquello dejó de cuadrarme en seguida, de forma que ante la posibilidad de poder elegir donde estudiar el bachiller opté por hacerlo abajo. Recuerdo esa etapa como una de las más felices de mi vida. Cuando las divergencias con los antiguos amigos, comenzaron a aflorar, me las arreglé para quedarme en casa de mi tía, convirtiéndome en la delegada del campo del equipo de baloncesto femenino del Instituto. Gracias a ese cargo adquirí soltura en las relaciones con la gente y experiencia de gestión. También me permitió ver más allá del agujero. La enfermedad de mi abuela me obligó a volver. Durante ese tiempo compaginé mi función de cuidadora con un empleo en una asesoría donde me explotaron; estuve a punto de bandear lay depresión. Después empecé a trabajar donde estoy ahora: En una empresa de la construcción. Allí se me reconoció mi trabajo y aprendí

cosas nuevas pero a medida que fue pasando el tiempo comprendí que a mis jefes sólo les quedaban diez años para jubilarse. Comprendí que si nadie se hacía cargo de la empresa, podría quedarme en la calle. Si fuese por mi familia, incluyendo a mi hermana y cuñado, tendría que quedarme en mi puesto para siempre ¿No comprenden que hay una crisis? ¿Acaso creen que voy a heredar la empresa por la cara? Cada fin de semana que marchó a presentarme a alguna oposición, los días antes hay una bronca, pero yo aquí estoy, firme y a lo mío. No voy a quedarme aquí, a esperar que se mueran, ni a ser la tía soltera a la que le endilgan los sobrinos. Ni hablar. Mis padres pueden venirse conmigo si quieren. Si no, en el piso de arriba está mi hermana. Es hora de que le toque algo a ella.